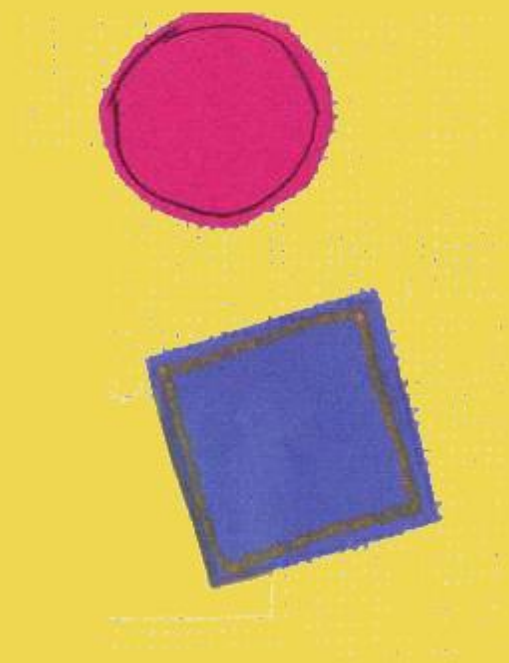


Por cuatro esquinitas de nada.



Jérôme Ruillier

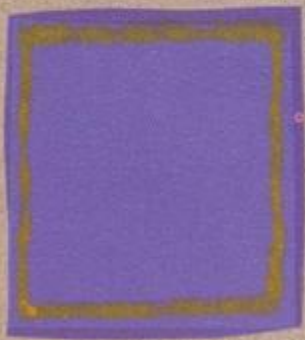
Editorial Juventud



Cuadradito juega con sus amigos.



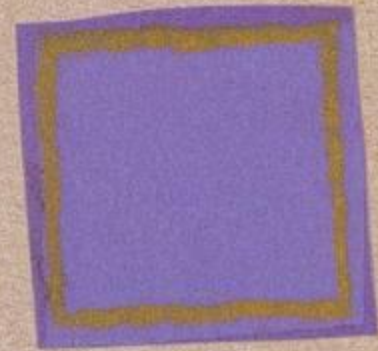
¡Ring! Es hora de entrar en la casa grande.



¡Pero Cuadradito no puede entrar!

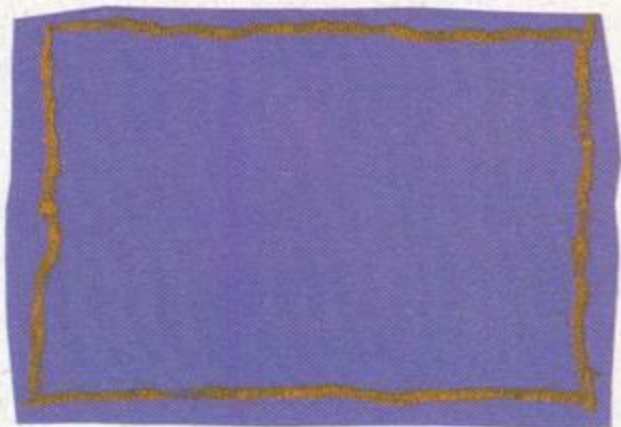
No es redondo como la puerta.

Cuadradito está triste.

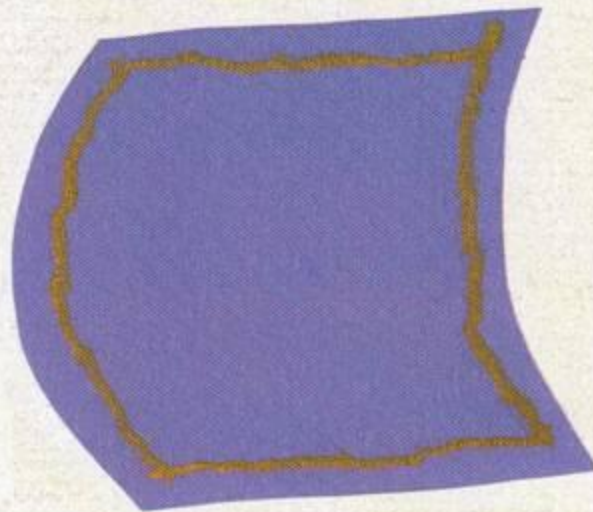




Le gustaría mucho entrar en la casa grande.

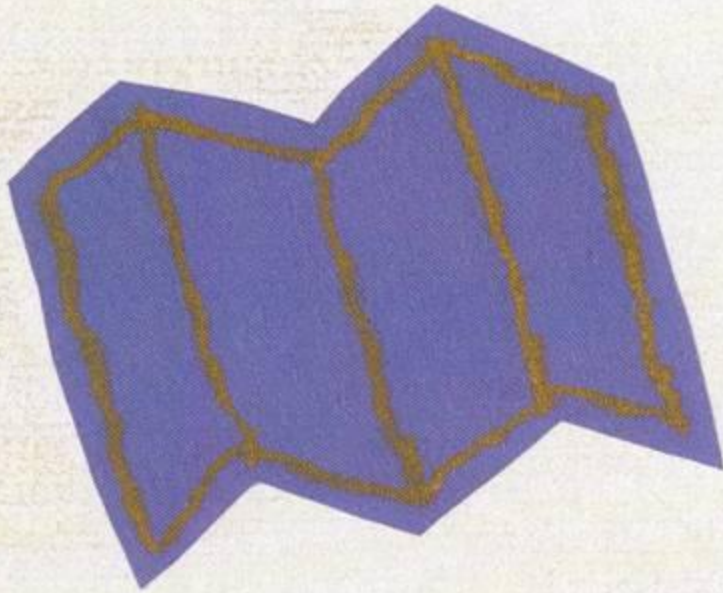
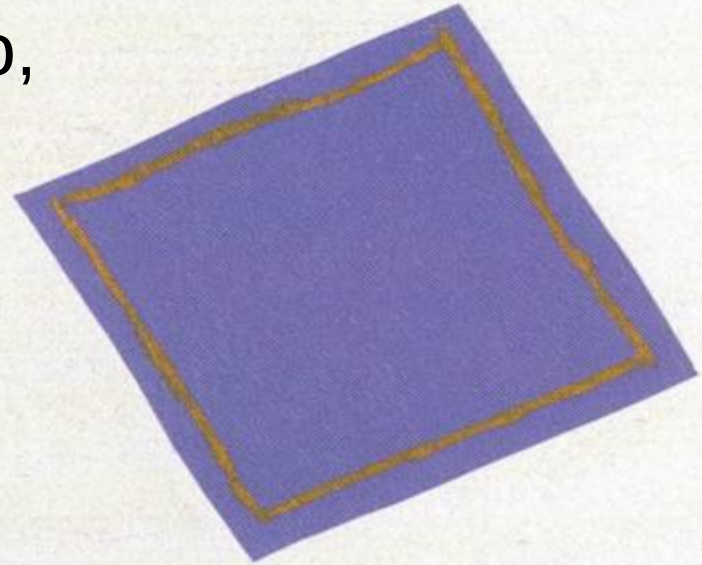


Entonces, se alarga,



se tuerce,

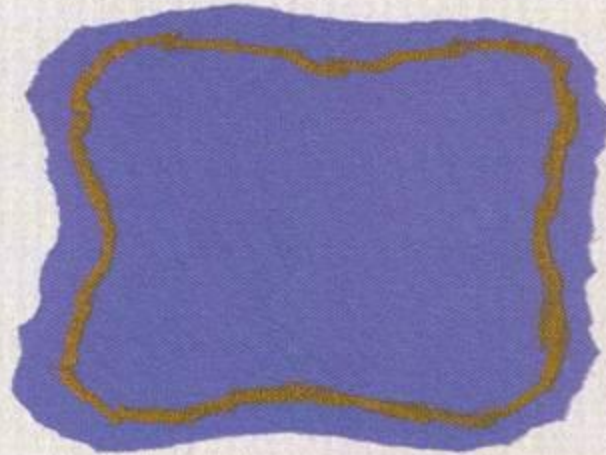
se pone cabeza abajo,



se dobla.

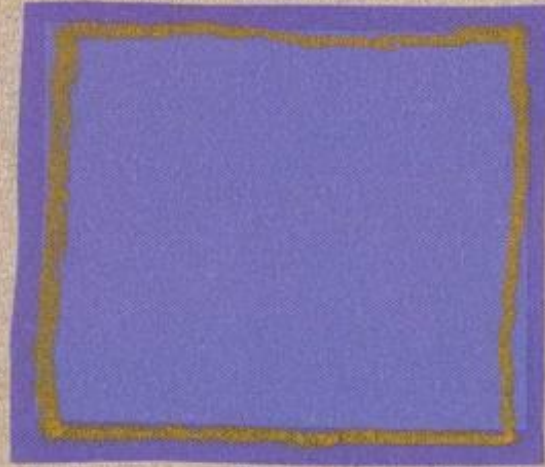
Pero sigue sin poder entrar.

- ¡Sé redondo! – le dicen los Redonditos.



Cuadradito lo intenta con todas sus fuerzas.

- ¡Te lo tienes que creer! – dicen los Redonditos.
- Soy redondo, soy redondo, soy redondo...
- repite Cuadradito.



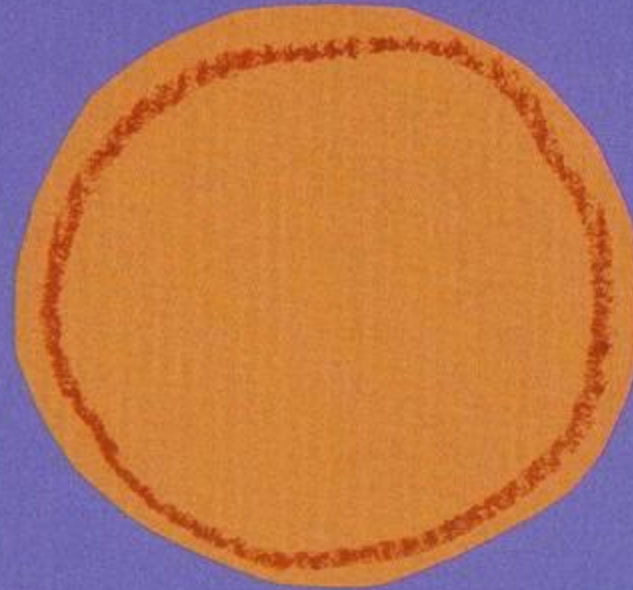
¡Pero no hay nada que hacer!



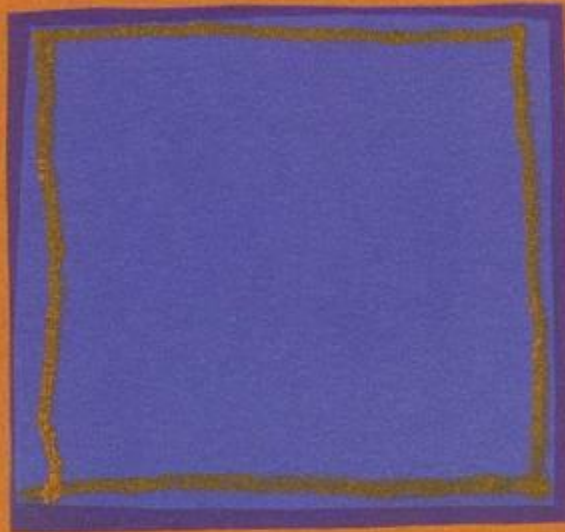
-¡Pues te tendremos que cortar las esquinas!
-dicen los Redonditos.



-¡Oh, no! –dice Cuadradito-. ¡Me dolería mucho!



¿Qué podemos hacer?



Cuadradito es diferente.

Nunca será redondo.



Los Redonditos

se reúnen en la sala grande.

Hablan durante

mucho, mucho tiempo.

Hasta que
comprenden
que no es
cuadradito
el que tiene
que cambiar.



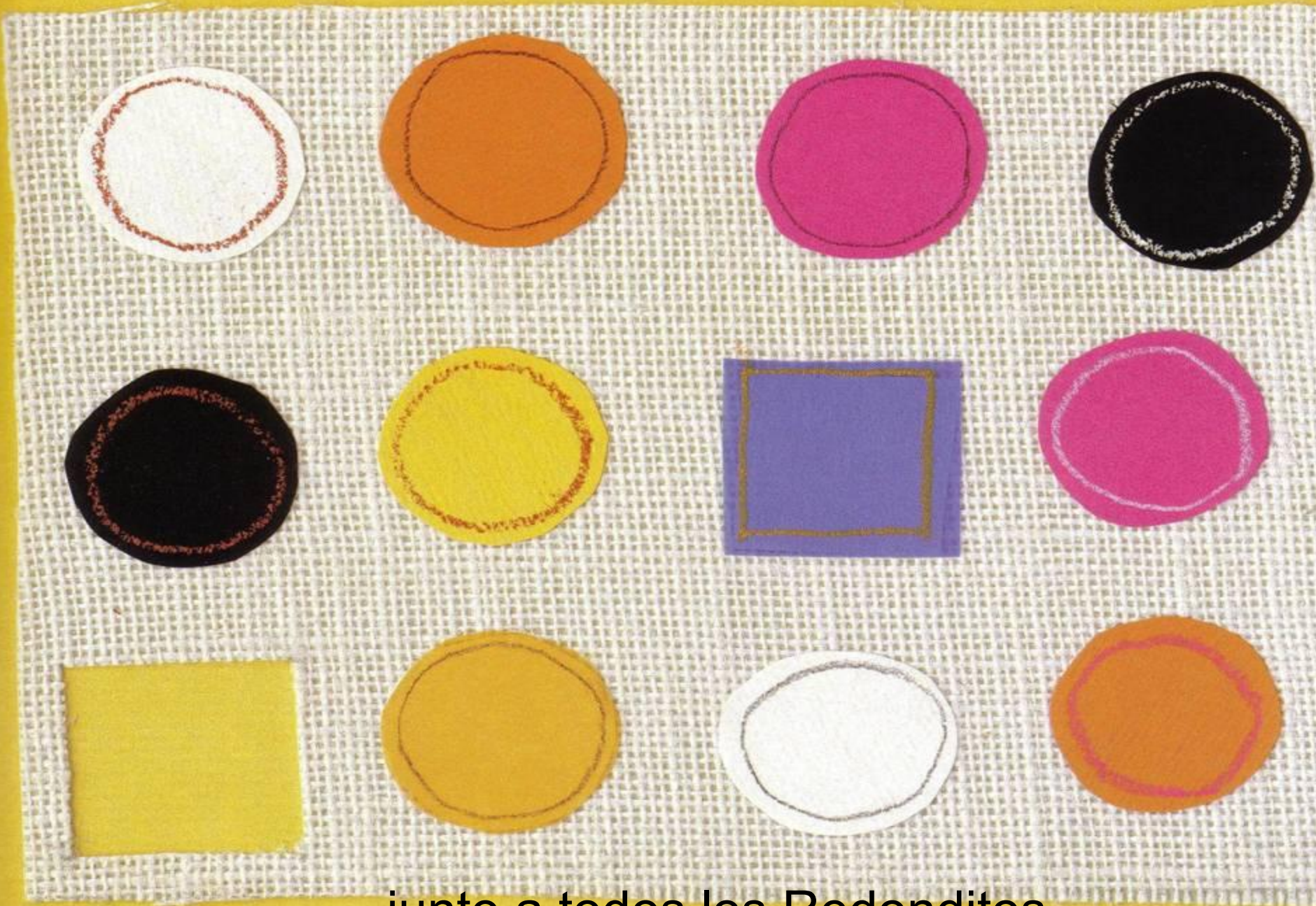
¡Es la puerta!



Entonces, recortan cuatro esquinitas,
cuatro esquinitas de nada...



que permiten a Cuadrado
entrar en la casa grande...



... junto a todos los Redonditos.